

Madelaine antes del alba

Sandrine Collette

Traducido del francés por
Malika Embarek López

Qui es in caelis

Prólogo

La tierra tiembla bajo sus pesados pasos. Se apresuran con esa lentitud casi hipnótica de los cuerpos grandes, agotados tras una jornada de trabajo, interrumpida mucho antes de lo habitual por la llegada del niño.

El hombre y el caballo van el uno junto al otro, apesando ambos a un sudor que se ha secado en la piel rugosa, aquel se limpia el polvo que colorea su frente de gris y este sacude la cabeza para librarse de las moscas. El niño camina delante, se gira para esperarlos. No dice nada, pero su actitud refleja impaciencia. Le gustaría que se diesen prisa, que el hombre al que llaman Eugène el Fuerte avanzara tan rápido como el viento. Le gustaría que el poderoso caballo se lanzase a correr y los llevara sobre su lomo, porque allá, Aelis —¿o acaso sea Ambre?, no lo sabe— se lo repitió con una voz terrosa: Ve rápido. Dile que es grave.

Y el niño corrió hasta quedarse sin aliento. En la orilla del río, dio voces como rugidos para llamar a la barquera, se subió a la balsa casi tropezando y corrió de nuevo en cuanto puso el pie en la otra orilla. Atravesó el bosque, se cruzó con algunos hombres encorvados trabajando los campos, que le señalaron el camino con los brazos cansados, buscó

en la linde de los bosques sombríos la silueta del imponente caballo dorado y no se detuvo hasta llegar a sus pies. Allí transmitió su mensaje de urgencia, y Eugène enseguida se apresuró a deshacer el tiro del animal y abandonó en mitad del claro el tronco de madera que transportaban. El niño creyó entonces que regresarían como había dicho la señora, rápido, muy rápido. Sin embargo, los dos seres que lo siguen avanzan con pasos pesados, con unas zancadas parsimoniosas e interminables, el cansancio de la jornada no les permite aligerar al hombre y al caballo, así son las cosas. Eugène, para sus adentros, grita que ya llega, grita que lo esperen.

No sabe a qué ha venido el niño, no le explicó nada, solo que Aelis —¿o acaso sea Ambre?—, lloraba y lo mandó con una orden imperiosa, ve rápido, la desgracia se ha abatido sobre nosotros. Y él, Eugène, con pasos amplios y lentos, ajustados a los del caballo, se dirige hacia esa desgracia. Su primer reflejo fue agarrar del hombro al niño, temblando. *¿Mis hijos?* El niño lo miró sin entender y Eugène se calmó, sus hijos a esa hora trabajan en los campos, en las tierras que arriendan al dueño: sus hijos no están en casa.

En la orilla del río, la Vieja espera impaciente, el niño la ha avisado de que regresaría enseguida. Ha acercado el pontón a un lugar donde el caballo pueda embarcar. Jéricho pesa ochocientos kilos, y la barcaza se mueve cuando él se sube con determinación; por mucho que la Vieja lo haga cruzar cada mañana y cada tarde durante la mitad del año desde hace ocho, vuelve a decir dirigiéndose a Eugène: mantenlo quieto. Eugène no contesta, nunca contesta. Las

palabras de la Vieja son solo rutina. Con una mano sobre el cuello del rocín observa a la mujer mientras ella remonta la barcaza, tirón tras tirón, con el rostro y los delgados brazos cada vez más azulados por el esfuerzo de los nervios, y piensa, como cada mañana y cada tarde durante la mitad del año desde hace ocho, que es una locura dejar la embarcación en manos de esa mujer. Que ya no tiene edad para eso. Sobre ese asunto todos murmuran. Coinciden en afirmar que el cable la retendrá, ocurra lo que ocurra, pero ella, la Vieja, acabará reventando de tanto estirar así los músculos, con esas venas que dibujan unos senderos sinuosos e hinchados en sus sienes grises y con los ruidos roncacos que arranca a sus brazadas, una por una, con las palmas de las manos quemadas por la cuerda. Lo comentan. Nadie hace nada, y así continuará hasta que ocurra un accidente. Les viene bien que la anciana se ocupe de la barcaza puesto que ya no hay puente. El puente. Eugène lo recuerda. Se destruyó cuando él tenía diez o doce años, y los habitantes de La Foye no quieren reconstruirlo. Desconoce los motivos: es así y punto, y estar protegidos del resto del mundo es mejor.

¡Cuánto tarda!, se dice refunfuñando y apretando las manos para no quitarle el cable a la Vieja y sujetarlo él. Con un río tan pequeño.

Cierra, pues, los ojos y, como de costumbre, intenta descansar durante los minutos que se tarda en cruzar a la otra orilla. El cansancio de la jornada le aplasta la espalda. Demasiado. Es normal. Siempre es así. Día tras día. El cansancio es vida. Y piensa que ya no lo siente, lo ha hecho suyo, en ese cuerpo inmenso que los demás creen protegido de

la miseria y de los tropiezos. Eugène está de pie en mitad de la barcaza, con los rasgos de la cara hundidos, agotados, los hombros tensos, y esas manos anchas como pezuñas de oso, capaces de manejar cualquier herramienta, de hacer cualquier tarea. Con las piernas algo separadas para no titubear, para no asustar a Jéricho, que está plantado junto a él. Solo en el pontón. Siempre está solo. Nadie quiere cruzar el Basilic. El largo río verde bajo sus pies se retuerce entre las tierras como ese reptil mortal al que le debe su nombre, el basilisco. Eugène lo sabe: el Basilic no es un río con serpientes. Su color casi verde esmeralda no procede de las escamas de los reptiles ocultos a miles en sus agujeros, como afirman los que gustan de jugar a asustarse. Es por la roca y por las algas de agua dulce.

Eugène abre los ojos. La orilla se acerca, lo ha sentido por los movimientos de la barcaza. Delante, el niño se inclina, dispuesto a saltar, pero la Vieja lo atrapa por el brazo y lo empuja hacia atrás. Ha visto a muchos críos ahogados por impacientes, resbalan bajo el casco sin que dé tiempo a sacarlos. Maniobra la embarcación, que ya golpea los juncos. Jéricho franquea la borda. El mundo, mantenido un instante en suspenso, reemprende su carrera. Eugène se coloca la mano sobre el corazón que le late fuerte. Desde aquí, debido a los bosques, no se ve nada, la granja está en el nordeste, a casi una legua de allí. Demasiado lejos para llegar rápido y demasiado cerca para prepararse ante lo que va a descubrir. Durante unos segundos se tambalea. Habrá que correr o ir del lado opuesto; se siente incapaz de elegir alguna de las opciones.

Se pone, pues, en camino detrás del niño, quien, al comprobar que lo sigue, se aleja corriendo hacia delante, hacia su casa. Eugène lo pierde de vista. Su caballo y él caminan, y el miedo le vacía la mente. Solo piensa en llegar a lo alto del cerro tras el cual está su casa, el cerro que ha dado su nombre al caserío con las tres pequeñas granjas situadas allí: Les Montées. Se pregunta por lo que ha pasado, que aún no sabe. Aelis está viva, puesto que ha mandado recado con el niño. Aelis no cuenta, lo que cuenta es el resto, y sobre el resto el niño no dijo nada, encerrado en un silencio aterrador. A Eugène eso lo asusta.

Y la legua se hace larga bajo un sol que no quiere ponerse, y es corta, es, en el fondo, tal como se la ha imaginado Eugène: un lento y terrible caminar hacia las tinieblas, y hasta el final espera equivocarse, que el niño se equivoque, que Aelis se equivoque, espera que no llegue el día, ese día que teme desde que apareció Madelaine. Reza para que solo sea una pesadilla o un error.

Pues en el instante en que Eugène lleva recorrido un trecho suficiente para ver sin entender la escena que se desarrolla allá, y allá significa su casa, en el instante en que percibe los cuerpos extraños y los perros que se precipitan hacia él ladrando fuerte, enloquecidos por la violencia y la sangre, sabe que ya nada será como antes. Sabe que ese día perderá todo, que solo le quedarán sus ojos para llorar, sabe que el orden de las cosas ha sido destrozado una vez más y que nadie podrá borrarlo ni retroceder, que en solo unos instantes todo lo que invirtió la mitad de su vida en construir se habrá venido abajo, y que su vida ya solo es una brizna de

paja. Le da tiempo a contemplar, en medio de una curiosa torpeza, las partículas de polvo levantadas por el viento, y él mismo es una de ellas. Luego oye los gritos de las mujeres que lo ven llegar, y la realidad irradia hasta él. Siente que ahora debe darse prisa.

UNO

Estoy en el umbral de la puerta junto a Rose oyendo a los perros ladrar. En realidad no nos molestan sus ladridos, lo que nos molesta es un crujido más allá, a lo lejos, aunque no muy lejos; los pone nerviosos, sí, desde hace días, cuatro o cinco, y no sabemos el motivo. No ocurre todo el tiempo, solo por momentos, con la puesta de sol o si la oscuridad naciente nubla la vista. Hay sombras, movimientos furtivos, quizá son fruto de nuestra imaginación, salvo que.

Los perros chillan.

Nos hemos acostumbrado a estar en alerta. Nos hemos acostumbrado a escuchar. Este mundo no ofrece ni promesas ni certidumbres, más allá de que nos morimos sin duda demasiado pronto, nuestras existencias son cortas, salvajes, agotadoras. Como dice Eugène: es normal. Es la vida de nuestros padres y de sus padres antes que ellos.

Un mundo que no cambia.

Nosotros ahí en medio, en la otra punta de las tierras más lejanas, no cambiamos, como los bosques antiguos que nos rodean. Podríamos ser los personajes de las historias que los cuenteros van narrando desde siempre por los pueblos, con una sola diferencia: aquí las historias no acaban

bien. Los reyes nunca vinieron a raptar a alguna de nuestras pastoras; si acaso, a violarlas, no a convertirlas en reinas.

En fin, ahí seguimos, y ahí sigue esa cosa en el aire que nos molesta cada noche y que no sabemos qué es. Así que estamos alerta. Yo tengo mejor oído que Rose. Ella es mayor. No tanto por la cantidad de años, sino por la cantidad de dolor: y este avanza más rápido y con más fuerza que aquellos. No digo que sea completamente anciana, sino que oye peor que antes. Algunas tardes ya no adivina el ruido de mis pasos al regresar por la parte trasera de la casa; el suelo de madera está tan gastado que ya no cruje. Rose me descubre en el último momento, me doy cuenta: sus ojos se sobresaltan. Ella, impasible. Solo ese iris azul deslavado por los años que centellea como un relámpago y luego se apaga bajo los pesados párpados. Rose sigue pelando las verduras o cortando el pan, oigo su murmullo: ¡Ah, eres tú! Alguien que no fuera yo, precisamente, ignoraría la ínfima suspensión de su gesto, su vacilación cuando entré por esa puerta siempre abierta que tampoco hace ruido, y por ello mi presencia la sorprende. Se rasca el oído. Esos condenados tapones de cerumen, masculla. Yo sé que no es el cerumen. Son los años. Fingimos ambos que no pasa nada. Rose no debe envejecer. Los ancianos aquí duran poco, no los quieren, no se puede.

Rose vive sola en su casita. Antaño vivían con ella sus dos hijos, pero se marcharon. No son muchos los que se van del Pays-Arrière, pero esos dos sí se marcharon y jamás regresaron. Al principio le mandaban a Rose noticias a través de algún comerciante que pasaba por aquí y le trasladaba un mensaje. Los hijos decían que donde estaban vivían

mejor y no le proponían que se reuniera con ellos. A Rose le mosqueaba un poco y luego lo dejaba pasar, de todos modos ella no se veía yéndose de su terruño. Poco a poco las misivas cesaron, los hombres son así, dijo Rose. Ojos que no ven, corazón que no siente. Hace veinte años que no los ve. A mí me parece triste, sobre todo por esa ropa suya que sigue doblada encima de las camas a pesar del tiempo transcurrido, y por el olor de ellos, que sigue en la tela. Rose dice que no hay que apenarse ni desgastar nuestras fuerzas en asuntos demasiado grandes para nosotros; son palabras que no consigo entender. Yo no soy nada para ella, no estoy unido a ella por lazos de sangre, estoy aquí, eso es todo, me recogió un día en que siendo pequeñito me moría de hambre en el camino, y me quedé. De eso hace ocho años.

La ausencia de los hijos se fue asentando despacio, Rose se ha acostumbrado, como cuando se pierde un perro: los primeros días lo sigues oyendo, piensas que va a aparecer entre nuestras piernas con su cabecita y su mirada pendientes de que le llenen su comedero. Al cabo de cierto tiempo, una semana, dos o más, dejas de acechar los ruidos de su presencia. Y algo más tarde te olvidas de que había un perro en casa. A Rose le pasó lo mismo con sus hijos. Le llevó más tiempo que con un animal, pero es igual, se difuminaron en su memoria, dejó de esperarlos. Rose se enfurece si se le dice de ese modo; creo que ocurrió poquito a poco, con suavidad. Lo malo es que la ausencia nunca es suave. Es solo tiempo. Así es. Puedes no estar de acuerdo con que el tiempo se come todo, las cosas buenas y las malas. Fue picoteando la pena, picoteando a los ausentes.

Yo estoy aquí y no me iré. La diferencia con los hijos de Rose es que ellos soñaban con viajar; mi viaje acabó aquí. Cuando está de mal humor, Rose me reprocha que me haya quedado con ella únicamente porque me alimenta. Algo de razón tiene. Comer a diario es un milagro, pero también sigo aquí porque la quiero. Y además esta región, ruda, áspera, me habla, resuena en mí, aunque en el fondo nos sintamos prisioneros en ella, en esa lengua de tierra aislada por el río y que nadie nos disputa. No se nos permite salir de aquí, hay unas reglas. Pertenecemos a los Ambroisie. Yo estoy de acuerdo con todo eso. Es nuestro mundo y es salvaje, hasta en el brillo de los ojos de los niños, el día del pan horneado, cuando el olor arrebatador de la miga cocida se extiende por encima del pueblo.

En fin, hace demasiado tiempo que los perros ladran al caer la noche, y Rose cree que eso viene de la parte alta, de la casa de Eugène o de Léon, no lo sabe muy bien, las granjas están muy cerca la una de la otra. No es que sean ladridos peligrosos, ya conocemos a esos perros. Parecería más bien que alguna cosa está husmeando por allí y eso los inquieta, no es ese gruñido grave de cuando existe un verdadero problema y el lomo se eriza. Rose frunce el ceño. Me observa y dice, bruscamente sorprendida, con lo curioso que eres, qué raro que no hayas ido a fisgonear por allí. Giro la cabeza hacia el otro lado, eso quiere decir que no. No quiero que sepa que ya estuve allí y no vi nada. Solo ese olor, y debí de equivocarme, los olores se mezclan en las granjas, lo humano, lo animal y luego el heno y la tierra. Ya podré ir en otro momento, seguro que averiguo lo que ronda

por ahí en nuestras noches, no podemos dejar que ocurran cosas sin estar seguros de lo que son y sin saber si existe alguna amenaza. La única sensación que tengo por ahora es contradictoria: no es peligroso pero hay peligro. Es inofensivo; de lo contrario, los ladridos de los perros estarían llenos de rabia y alarma. Si no les hiciéramos caso, sería por pereza, y nosotros no somos perezosos. Ya lo he dicho, estamos alerta. Allá arriba hay algo y voy a saber qué es.